



Paciencia: *fe en que Dios hace todo a su tiempo*

*"Mas el fruto del Espíritu
es [...], paciencia".*

Gálatas 5: 22

La revista *Time* publicó un interesante experimento realizado con niños de 4 años de edad y dulces de malvavisco. Todo el grupo de niños de 4 años se reunió en un salón vacío, y los científicos les informaron que podían comer un dulce de malvavisco. Sin embargo, si esperaban hasta que los científicos volvieran después de atender un asunto, les darían dos. Después los científicos salieron del salón.

Los niños se dividieron en dos grupos. Un grupo se lanzó sobre el malvavisco y lo devoró en el mismo instante en que los científicos salieron del salón. El otro grupo hizo todo lo imaginable para esperar. Se cubrieron los ojos, cantaron para entretenerse, jugaron diversos juegos solitarios; cualquier cosa, para evitar la seducción del dulce que estaba frente a ellos. Cuando los científicos regresaron, los niños que habían esperado recibieron la recompensa que se les había prometido.

Luego los científicos esperaron que los niños crecieran. Para cuando entraron a la escuela secundaria, una encuesta hecha a sus padres y maestros encontró que los niños que habían esperado para obtener el segundo dulce de malvavisco, eran, por lo general, "ado-

lescentes más adaptados, más populares, más confiables y más confiados. Por otra parte, los niños que habían cedido a la tentación y no habían tenido la capacidad de esperar, eran solitarios, frustrados y tercos. Cedían fácilmente al estrés y no aceptaban los desafíos. Y cuando tomaron las pruebas de aptitud académica, los niños que habían esperado aquel segundo dulce de malvavisco, alcanzaron un promedio de 210 puntos más alto".

La revista *Time* informó que cuando pensamos en una persona brillante, pensamos en una persona que estaba hecha para la grandeza desde el nacimiento. Esa grandeza está construida, de alguna manera, en el CI, o sea, el coeficiente intelectual. Pero, según el informe, "parece que la capacidad para diferir la gratificación es la capacidad maestra, un triunfo del cerebro que razona por encima del impulso". A este se le considera un aspecto muy importante de lo que se ha dado en llamar "la inteligencia emocional".¹

Luego *Time* presenta el informe de un libro escrito por Daniel Goleman, de la Facultad de Psicología de Harvard y escritor científico del *New York Times*. El libro de Goleman, titulado *Emotional Intelligence* [Inteligencia emocional], sugiere que "cuando queremos predecir el éxito de las personas, la capacidad cerebral, tal como la mide el coeficiente intelectual y las pruebas normales del desarrollo personal, en realidad pueden contar menos que las cualidades mentales, llamadas carácter, antes que la palabra comenzara a sonar anticuada".²

Esta es una excelente conclusión. La paciencia, esa capacidad para esperar algo sin apresurarnos a hacer lo que nos gustaría en el momento, se considera una "capacidad maestra", y se cree que es más importante que el coeficiente intelectual para lograr el éxito.

La prioridad de la paciencia fue, por supuesto, destacada muchos años antes que lo hiciera el libro de Goleman. "Mas el fruto del Espíritu es [...], paciencia" (Gál. 5: 22) Es evidente que la paciencia

tiene un lugar muy elevado en la agenda de Dios para nosotros, si queremos ser cada vez más semejantes a él.

Lo que hace la paciencia

Pero, ¿qué es la paciencia y por qué es necesaria? La paciencia es, simplemente, la capacidad para esperar tranquilamente entre el momento en que algo debía hacerse, y el momento en que Dios decide que debe hacerse. Por tanto, la paciencia piadosa es fe en el programa de Dios.

Vivir de acuerdo con el programa de Dios es importante. Sin embargo, con frecuencia hay una brecha de tiempo entre el momento en que yo estoy listo y el momento en que Dios lo está, lo cual puede frustrarnos. Aprender a esperar con paciencia durante este período no solo nos ayuda para permanecer sometidos a la voluntad de Dios, sino que el mismo tiempo de espera nos ayuda a crecer espiritualmente. Considere los siguientes propósitos espirituales de la espera.

1. La espera nos ayuda a enfocar nuestras mentes lejos de las cosas para fijarlas en Dios mismo. Podemos estar tan obsesionados con las cosas, incluso las cosas buenas de Dios, que el Señor necesite reenfocar de nuevo nuestros pensamientos hacia él. Es el Dador de las cosas el que es importante, no las cosas en sí mismas.

Cuando David nos anima a no desalentarnos por los éxitos de los impíos, dice: "Guarda silencio ante Jehová, y espera en él" (Sal. 37: 7). No estoy muy seguro de saber qué era exactamente lo que David estaba pensando cuando escribió esto, pero al parecer deseaba que miráramos a Dios, no a lo que él ha hecho. No es sencillamente que Dios venga nuestros agravios, o que nos vindique. Sino que la presencia de Dios es lo que realmente cuenta, porque, en ese caso, ¿qué nos pueden hacer los demás? Sin embargo, se requiere tiempo para comprender esta verdad. Por eso puede ser que Dios permita

que pasemos por un crisol para aprender cómo esperar pacientemente mientras enfocamos nuestros pensamientos en él.

2. La espera nos permite tener una visión más clara de nosotros mismos. A veces solo comprendemos los motivos que nos impulsan con el paso del tiempo. La espera se convierte entonces en una oportunidad para examinarnos a nosotros mismos. A veces estamos absolutamente seguros de lo que queremos y estamos desesperados por obtenerlo. Pero solo con el paso del tiempo comenzamos a comprender que aquello que una vez consideramos lo más deseable en el mundo, no lo era en realidad. ¿Cuántos dolores nos habríamos evitado si hubiéramos tomado tiempo para analizarnos a nosotros mismos antes de actuar?

3. La espera fortalece la vida espiritual. En las culturas occidentales, especialmente, nos hemos obsesionado con el instante. Tenemos comida y fotos instantáneas. Recuerdo haber visto un anuncio en la oficina de un agente de bienes raíces prometiéndome que podría comprar una casa en menos de treinta minutos. Obtener lo que deseamos inmediatamente puede ser un verdadero problema. Nos enojamos fácilmente cuando alguien se detiene un momento en la luz verde, o cuando una persona anciana busca temblorosa y lentamente dinero en su bolsa para pagar su mercancía en el supermercado.

Existe el clásico ejemplo de la estudiante que quería saber si podía terminar su carrera en la universidad más pronto si tomaba clases más breves. El maestro le dijo que era posible, pero todo dependía de lo que ella quería llegar a ser.

Lo mismo ocurre cuando Dios nos hace crecer espiritualmente. Podríamos ir de la floración a la fructificación en pocos meses, y obtener la fortaleza de una calabaza. O podríamos esperar pacientemente que pasaran los años y así obtener la fortaleza de un roble. ¿Qué le gustaría ser a usted?

4. La espera desarrolla otras fortalezas espirituales como la fe y la confianza. La espera es una llave que abre la puerta para comprender muchas cosas espirituales. Santiago escribe acerca de esto en una forma que a veces resulta difícil de entender. "Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seais perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna" (Sant. 1: 2-4). La espera desarrolla en nosotros las otras gracias de Dios en forma más completa.

5. La espera le permite a Dios poner otras piezas en su rompecabezas que necesita terminar primero. "Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo" (Gál. 4: 4). Dios no envió a Jesús inmediatamente después de que Adán y Eva pecaron. Hubo un tiempo de espera antes de que viniera. Había otras cosas que Dios tenía que hacer primero. Puede ser que antes que Dios arregle el asunto que nos tiene en vilo haya otras cosas que debe terminar antes de llegar a la parte que más nos interesa.

6. La espera puede servir para probarnos. Si no obtenemos una respuesta inmediata de Dios, puede ser que permita la espera para probarnos; para ver si confiamos plenamente en lo que ha dicho.

Esta fue la experiencia de Abraham. Dios permitió un lapso de veinticinco años de tardanza entre la promesa original de que sería el padre de una gran nación y el nacimiento de Isaac. Por desgracia, Abraham no pudo esperar. Unos quince años antes del nacimiento de Isaac se casó con Agar, la sierva de su esposa. Es importante que comprendamos que "estas experiencias que prueban la fe son para beneficio nuestro [...]. La fe queda fortalecida por el ejercicio. Debemos dejar a la paciencia hacer su obra perfecta, recordando que hay en las Escrituras preciosas promesas para aquellos que esperan en el Señor".¹

7. Esperar, ¿para qué? Nunca comprenderemos las razones. Durante un período de varios meses Elena G. de White no pudo dormir más que unas dos horas por noche. Con referencia a esto, dijo: "No puedo leer cuál es el propósito de Dios en mi aflicción, pero él sabe qué es lo mejor, y le encomendaré mi alma, mi cuerpo y mi espíritu porque él es mi fiel Creador".

De este lado del cielo habrá demoras que nunca comprenderemos. Pero esto no debiera preocuparnos. Ella continúa diciendo: "Si educásemos y preparásemos nuestras almas para tener más fe, más amor, una mayor paciencia y una confianza más perfecta en nuestro Padre celestial, sé que tendríamos más paz y felicidad cada día a medida que pasamos por los conflictos de esta vida. Al Señor no le agrada que nos alejemos de los brazos de Jesús a causa de nuestra impaciencia y nuestra zozobra. Es necesario que haya más espera y vigilia serenas. Pensamos que no vamos por el camino correcto, a menos que tengamos la sensación de ello, de modo que persistimos en contemplarnos interiormente en busca de alguna señal que cuadre a la ocasión; pero no debemos confiar en nuestros sentimientos sino en nuestra fe".⁴

Todo en el tiempo de Dios

Si bien hay muchas cosas que aprender de la espera, no es fácil, al menos para mí. Recuerdo cuando me mudé para Islandia y necesitaba un automóvil. Un amigo y yo nos dirigimos a la agencia de automóviles y de repente vimos exactamente lo que yo andaba buscando. Era un Toyota Corolla que tenía dos años de uso, de un hermoso color azul marino. Yo había tenido un viejo VW Golf, que acababa de regalarle a mi hermano, pero este Toyota era algo totalmente diferente.

El dueño de la agencia de automóviles prometió descontarme un veinte por ciento, así que lo llevamos para probarlo. Comparado

con mi Golf, era como un sueño. Tenía también un excelente reproductor de discos compactos.

Cuando volvimos a la agencia hice una oferta muy por debajo del precio que me habían pedido. Aunque no se aceptara la oferta que hacía, tenía suficiente dinero para pagar toda la cantidad.

El automóvil lo tenía la agencia en consignación, así que decidí consultar con el dueño y luego me diría la decisión. Mientras tanto, decidí volver al automóvil para revisar su sistema estereofónico. El sonido era asombroso. Nunca antes había escuchado un sonido tal en un automóvil. Muy contento regresé a la oficina donde el vendedor me dejó sorprendido con las siguientes palabras: "Lo siento. Alguien más ha comprado el automóvil".

Mientras yo estaba sentado en el vehículo escuchando un disco compacto, otro cliente que había visto el coche más temprano ese mismo día, volvió, y entregó al vendedor el precio total en efectivo. Me quedé sin habla.

¿Cómo podía Dios hacerme esto después de tantas oraciones que había yo elevado al cielo? Él sabía que yo necesitaba aquel vehículo, y que este era el único que tenía un descuento tan grande. Sentí que me habían robado la respuesta a mi oración, y me sentí molesto.

Durante un par de días me sentí confuso y deprimido. Había orado mucho por un automóvil, había visto exactamente el que yo necesitaba, y sin embargo, me lo habían arrebatado ante mis narices. Dios era injusto.

Tres días más tarde mi amigo y yo vimos los coches en la agencia principal de Toyota. Yo había visitado el lugar antes porque, por lo general, la agencia principal vende más caro que las agencias independientes. Mientras dábamos vueltas alrededor de la agencia, lo vi. Era un automóvil Corolla azul marino, idéntico al anterior. Al ver a través de las ventanas, vi que también tenía un reproductor de discos compactos. Era el mismo automóvil, el mismo modelo, excepto que

tenía menos kilómetros corridos y, para mi sorpresa, costaba cien dólares menos.

Aprendí algo importante aquel día. Toda buena dádiva y todo don perfecto vienen de Dios, pero vienen dentro de su programa: no cuando mi corazón desea tenerlo.

Fe en el programa de Dios

La historia de la paciencia de David para llegar a ser rey es un ejemplo fascinante de un joven que decidió que no se apoderaría de las promesas de Dios antes del tiempo que él había señalado.

Después que Saúl empezara a alejarse de Dios, el Señor envió a Samuel a ungir a un nuevo rey. Dios lo dirigió a la casa de Isaí, donde el adolescente David fue señalado como el elegido.

¿Pueden imaginarse cómo se sentía David? Un adolescente ungido para ocupar la posición más poderosa bajo la dirección de Dios, ¡llamado a ser rey del pueblo de Dios?

¡Si aquello me hubiera ocurrido a mí, no hubiera dormido mucho aquella noche! Mi mente se habría atascado con toda suerte de ideas, estrategias, planes, sueños; ¡qué futuro me esperaba! ¡Qué riqueza, qué privilegio, qué responsabilidad de dirigir, y dirigir con sabiduría divina! Noche tras noche habría yo soñado lo que iba a hacer. Quizá habría yo esperado recibir un poco más de respeto de parte de mis hermanos. Y, ¿cuándo ocurriría todo aquello?

Pero David volvió al campo a pastorear las ovejas.

Tiempo más tarde, mientras David todavía estaba pastoreando las ovejas, un mensajero llegó a su casa y le pidió que fuera al palacio para tocarle al rey con su arpa. Saúl se sentía muy mal, y uno de sus consejeros le dijo que David podía tocar una música muy tranquilizadora. Podemos imaginar a David pensando: "¿Es este el principio del camino que conduce al trono?" Muy poco tiempo después el rey Saúl lo hizo su escudero de armas.

Las cosas comenzaron a moverse lentamente. David mató dramáticamente a Goliat, se distinguió en la batalla, y se le dio un elevado puesto de mando en el ejército. David actuó muy bien y todo el pueblo comenzó a proclamar sus triunfos. Su amistad con Jonatán creció, pero durante ese tiempo Saúl se puso celoso por los triunfos de David y empezaron sus intentos de matarlo. Pero tanto Jonatán como Saúl sabían lo que iba a ocurrir. "No temas", le dijo Jonatán, "pues no te hallará la mano de Saúl mi padre, y tú reinarás sobre Israel, y yo seré segundo después de ti; y aun Saúl mi padre así lo sabe" (1 Sam. 23: 17).

Aquí está el punto interesante. David sabía que él iba a ser rey. Jonatán sabía que David sería rey. Incluso Saúl admitió más tarde ante David que él iba a ser rey. Pero David nunca hizo nada para promoverse para llegar a ser rey.

De hecho, parecía correr en la dirección opuesta. Un día que Saúl andaba persiguiéndolo, por casualidad entró en una cueva donde David y sus soldados estaban escondidos. Qué hermosa oportunidad se le presentó a David para matar al hombre que había andado persiguiéndolo. Ahora podrían cumplirse las promesas de Dios. Sin embargo, en vez de matar a su enemigo, David le cortó un pedacito del borde del manto. Pero "después de esto se turbó el corazón de David, porque había cortado la orilla del manto de Saúl. Y dijo a sus hombres: Jehová me guarde de hacer tal cosa contra mi Señor, el ungido de Jehová, que yo extienda mi mano contra él; porque es el ungido de Jehová. Así reprimió David a sus hombres con palabras, y no les permitió que se levantasen contra Saúl. Y Saúl, saliendo de la cueva, siguió su camino" (1 Sam. 24: 5-7).

Imagine la escena. Saúl estaba tratando de matar a David. ¡Y David tuvo una gran oportunidad de matar a su enemigo, pero se sentía muy mal por haberle cortado la orilla de su manto!

Y ocurrió otra vez. Saúl andaba en otra expedición procurando matar a David. David y Abisai se acercaron donde Saúl dormía.

Abisai le hizo una oferta a David: "Hoy ha entregado Dios a tu enemigo en tu mano; ahora, pues, déjame que le hiera con la lanza, y lo enclavaré en la tierra de un golpe, y no le daré segundo golpe". Y David respondió a Abisai: No le mates; porque ¿quién extenderá su mano contra el ungido de Jehová, y será inocente? Dijo además David: Vive Jehová, que si Jehová no lo hiriere, o su día llegue para que muera, o descendiendo en batalla perezca, guárdeme Jehová de extender mi mano contra el ungido de Jehová. Pero toma ahora la lanza que está a su cabecera, y la vasija de agua, y vámonos" (1 Sam. 26: 7-11).

Yo me pregunto: ¿cuántos de nosotros nos habríamos sentido justificados de apoderarnos de la corona de Saúl?

El mensaje de la vida de David es claro. Las promesas de Dios se disfrutan mejor cuando las recibimos de sus propias manos, en su propio modo, y en su propio tiempo.

El problema del apresuramiento

Cuando nos apresuramos y nos adelantamos al programa de Dios perdemos de vista su voluntad para nosotros. Especialmente cuando estamos en el crisol hay varias emociones que se arremolinan en nuestro corazón y procuran alejarnos del propósito de Dios.

Considere cuánto perdieron estas personas por causa de la impaciencia:

Jonás: Perdió de vista la voluntad de Dios a causa de un ego herido e impaciente. Pobre Jonás. El mensajero de la gracia y la misericordia de Dios había predicado la palabra de Dios a la ciudad de Nínive y, por desgracia, un reavivamiento se había producido. "Pero esto disgustó mucho a Jonás, y lo hizo enfurecerse. Así que oró al Señor de esta manera: —¡Oh Señor! ¿No era esto lo que yo decía cuando todavía estaba en mi tierra? Por eso me anticipé a huir a Tarsis, pues sabía que tú eres un Dios bondadoso y compasivo, lento

para la ira y lleno de amor, que cambias de parecer y no destruyes. Así que ahora, Señor, te suplico que me quites la vida. ¡Prefiero morir que seguir viviendo!" (Jon. 4: 1-3, NVI).

Jonás estaba enojado por el perdón de Dios, porque creía que lo hacía aparecer como falso profeta. Un poco después Jonás se enojó otra vez con Dios cuando la planta que le había dado para protegerlo del ardiente sol, se secó por causa de un gusano: "Pero Dios le dijo a Jonás:

—¿Tienes razón de enfurecerte tanto por la planta?

—¡Claro que la tengo! —le respondió—. ¡Me muero de rabia!" (Jon. 4: 9, NVI).

¡Duras palabras de un profeta contra su Creador! El ego de Jonás estaba tan herido que se apresuró a pasar más allá de la posibilidad de llegar a convertirse en un espectáculo de la gracia de Dios. En vez de eso, escenificó uno de los dramas más lamentables de todos los tiempos y se convirtió en un profeta extraño, que ha causado perplejidad a través de toda la historia.

Elías: Perdió de vista la voluntad de Dios por una impaciencia impulsada por el temor. Después de la grandiosa confrontación que dirigió en el Monte Carmelo, Elías corrió bajo la lluvia y los relámpagos enceguecedores para guiar al rey Acab de regreso a su palacio. Tan pronto como Acab llegó a su palacio, corrió en busca de su esposa, la impía Jezabel: "Acab dio a Jezabel la nueva de todo lo que Elías había hecho, y de cómo había matado a espada a todos los profetas. Entonces envió Jezabel a Elías un mensjero, diciendo: Así me hagan los dioses, y aun me añadan, si mañana a estas horas yo no he puesto tu persona como la de uno de ellos" (1 Rey 19: 1, 2).

¿Cómo respondió Elías? "Viendo, pues, el peligro, se levantó y se fue para salvar su vida" (1 Rey. 19: 3). Y salió huyendo rumbo al desierto. Impulsado por sus temores, corrió desesperadamente. Luego, "vino y se sentó debajo de un enebro; y deseando morirse,

dijo: Basta ya, oh Jehová, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres" (1 Rey. 19: 4).

Cuando Dios trataba de rehabilitar a su agotado siervo, dos veces le hizo la pregunta: "¿Qué haces aquí, Elías?" (1 Rey. 19: 9). Elías estaba en un lugar equivocado. Sus temores lo habían llevado lejos del lugar donde Dios quería que estuviera, y las consecuencias fueron enormes: "Si hubiese permanecido donde estaba, si hubiese hecho de Dios su refugio y fortaleza y quedado firme por la verdad, habría sido protegido de todo daño. El Señor le habría dado otra señalada victoria enviando sus castigos contra Jezabel; y la impresión que esto hubiera hecho en el rey y el pueblo habría realizado una gran reforma".⁵

Judas y Pedro: Perdieron de vista la voluntad de Dios por una impaciente ambición. Judas es, quizá, un ejemplo inevitable de aquellos que pierden de vista la voluntad de Dios por la ambición. Él tenía planes para Jesús, pero se apresuró a ponerlos en práctica y no permitió que las enseñanzas de su Señor penetraran en su vida.

Pero Judas no fue el único. Pedro también tenía otras ideas. "Y comenzó a enseñarles que le era necesario al Hijo del Hombre padecer mucho, y ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y ser muerto y resucitar después de tres días. Esto les decía claramente. Entonces Pedro le tomó aparte y comenzó a reconvenirle" (Mar. 8: 31, 32). La palabra que Marcos usa para referirse a la reprensión que Jesús le hizo a Pedro, es la misma que utiliza para referirse a Jesús echando fuera demonios en Marcos 1. Pedro habló fuertemente, pero su boca hablaba más rápido de lo que su cerebro podía comprender los propósitos de Dios. Otra vez, en el huerto de Getsemaní, las manos de Pedro hablaron más rápido que su cerebro cuando hirió a uno de los que habían venido a prender a Jesús. Pedro tenía ambiciones también, pero a diferencia de Judas, el crisol lo hizo detenerse y reconsiderar el curso de su vida.

Adán: Perdió de vista la voluntad de Dios por un amor impaciente. Conocí a un joven que lloraba porque estaba teniendo relaciones sexuales con la mujer que amaba, pero no estaban casados, y él sabía que su conducta no estaba de acuerdo con la voluntad de Dios. Decidió orar y pedirle a Dios que le indicara qué hacer, pero no hubo respuesta. Y como no tuvieron respuesta, decidieron seguir juntos, ¿qué otra cosa podían hacer?

La respuesta de Dios estaba claramente escrita en la Biblia, pero su amor por la mujer había nublado su vista parano ver la claridad de la Palabra de Dios.

Lo que ocurrió con Adán fue muy similar. Cuando Eva vino a él con el fruto prohibido en sus manos, la voluntad de Dios para Adán todavía era clara como el día: "Pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis" (Gén 3: 3). Pero Adán no había sido engañado por una serpiente, como lo había sido Eva. Él hizo una decisión consciente de unirse a ella en su destino, y así tomó el fruto y lo comió. "Su amor por Eva era fuerte; y dominado por un desaliento absoluto, decidió compartir la suerte de ella. Recibió el fruto y lo comió rápidamente. Entonces Satanás se regocijó. Se había rebelado en el cielo, y había ganado simpatizantes que le amaban y le seguían en su rebeldía. Había caído y había hecho caer a otros consigo, y ahora había tentado a la mujer para que desconfiase de Dios, pusiese en duda su sabiduría, y procurase penetrar sus planes omniscientes. Satanás sabía que la mujer no caería sola. Adán, por su amor hacia Eva, desobedeció la orden de Dios, y cayó con ella".⁶ El profundo amor de Adán por Eva lo llevó rápidamente lejos de la voluntad de Dios.

Un amor impaciente así está causando grandes tragedias en nuestro mundo. Por eso hay sabiduría en el consejo de Salomón: "No despertéis ni hagáis velar al amor, hasta que quiera" (Cant. 2: 7).

Gracia cuando echamos a perder toda nuestra vida

Egos heridos, temores, ambiciones, amor. Hay muchas cosas que amenazan desviarnos de la voluntad de Dios para nosotros, pero el principio nunca cambia. Las emociones pueden ser muy fuertes, de tal manera que nos ciegan para no ver las cosas que verdaderamente importan. Pero, ¿qué pasa cuando descarrilamos todo y nos salimos del carril marcado por la voluntad de Dios?

En una clase de hebreo que tomé en la universidad aprendimos la memorable expresión hebrea que se traduce para describir la bondad y la paciencia de Dios. La frase, utilizada literalmente, significa "una extensión de las ventanas de las narices". La idea es que cuando alguien se llena de ira, se le ponen roja la cara y las narices. ¡Es posible que usted haya visto esto alguna vez! Sin embargo, si la nariz es demasiado larga, le tomará más tiempo a toda la nariz ponerse roja. Lo mismo ocurre en este sentido, Dios tiene una larga nariz. Le toma muchísimo tiempo para ponerse impaciente; y más tiempo le toma airarse contra nosotros.

La gracia de Dios para los impacientes nunca está lejos. La respuesta de Dios hacia Elías es un buen ejemplo de la respuesta divina a sus impacientes discípulos: "¿Desamparó Dios a Elías en su hora de prueba? ¡Oh, no! Amaba a su siervo, tanto cuando Elías se sentía abandonado de Dios y de los hombres como cuando, en respuesta a su oración, el fuego descendió del cielo e iluminó la cumbre de la montaña. Mientras Elías dormía, le despertaron un toque suave y una voz agradable. Se sobresaltó y, temiendo que el enemigo le hubiese descubierto, se dispuso a huir. Pero el rostro compasivo que se inclinaba sobre él no era el de un enemigo, sino de un amigo".⁷

Cuando nos frustramos mientras esperamos en el crisol, puede ser muy tentador saltar adelante y hacer algo por nosotros mismos para aliviar la presión. Pero es muy peligroso saltar adelante para obviar el tiempo de espera, porque entonces puede ser que saltemos adelante de Dios. Solo esperando en Dios experimentaremos la ple-

nitud de sus propósitos para nosotros. Como escribió Salomón: "Todo lo hizo hermoso en su tiempo" (Ecl. 3: 11).

No trate de acortar el tiempo de espera

Recibí un correo electrónico que, obviamente, había viajado mucho en Internet, pero que ilustra una importante verdad acerca de la espera del tiempo perfecto de Dios. Un joven pastor vino a consultar con su consejero algo con respecto a la voluntad de Dios para su vida. Mientras caminaban en el jardín, el joven le preguntó a su consejero qué debía hacer. El consejero cortó un botón o capullo de un rosal, y se lo entregó al joven.

—Por favor, abra el capullo —le pidió—, pero hágalo sin romper ningún pétalo.

El joven pastor no estaba seguro de lo que debía hacer, y se preguntaba qué tendría que ver aquel capullo de rosa con su problema para conocer la voluntad de Dios. Parecía una tarea imposible, y al tratar de abrir los pétalos, se dio cuenta que, en efecto, así era.

La lección era clara. Si no podemos abrir un capullo de rosa sin dañar los pétalos, a pesar de ser algo tan sencillo, ¿cómo podemos pretender desentrañar todos los misterios de nuestra vida presente y futura? Solo esperando en Dios podemos conocer su voluntad para nosotros.

Mientras esperamos es fácil sentirnos tentados a dudar de todo. Pero es entonces cuando necesitamos fortalecer nuestra voluntad y poner nuestros sueños en las manos de nuestro Padre, y abandonarnos a su cuidado.

"Pon tu esperanza en el Señor; ten valor, cobra ánimo; ¡pon tu esperanza en el Señor!" (Sal. 27: 14, NVI).

Padre,

Enséñame la paciencia, porque me mantiene cerca de ti.

Enséñame a entender

*la perfección de tu programa de trabajo;
A descansar tranquilamente en el conocimiento
de que todas las cosas de mi vida
están bajo tu amante cuidado.
Enséñame que incluso tus pausas
tienen significado y propósito.
En el nombre de Jesús, amén.*

Referencias

1. *Time*, "The EQ Factor", 2 de octubre de 1995.
2. *Ibíd.*
3. Elena G. de White, *Obreros evangélicos*, p. 231.
4. Elena G. de White, *Mensajes selectos*, t. 2, p. 277.
5. Elena G. de White, *Profetas y reyes*, p. 118.
6. Elena G. de White, *Primeros escritos*, p. 148.
7. Elena G. de White, *Profetas y reyes*, p. 121.